

ARANA, J.: *El caos del conocimiento. Del árbol de las ciencias a la maraña del saber*, EUNSA, Pamplona 2004, 124 pp.

A últimas fechas, la creciente especialización de los saberes ha contribuido a profundizar en los conocimientos de cada disciplina particular, pero de ello se ha generado también una pérdida de la unidad del conocimiento. Con este diagnóstico en mente, Juan Arana, de la Universidad de Sevilla, ha puesto de manifiesto, con agudo e irónico ingenio, varias de las complicaciones metodológicas, profesionales -e incluso humanas- supuestas por los intentos académicos en favor de lograr proyectos o iniciativas interdisciplinares. Su libro muestra claramente que la interdisciplinariedad dista mucho de ser un asunto sencillo y en ocasiones sinceramente buscado.

Entre los problemas que se desprenden de los intentos por integrar los conocimientos humanos en cierta clave de unidad, aparecen recurrentemente, según Arana, "los intereses gremiales de los especialistas, las ambiciones territoriales de los académicos" (p. 19), así como factores intrínsecos a la misma

labor metodológica de cada ciencia en particular, como "la babelización de la cultura, multiplicación de lenguajes especializados, proliferación de metodologías ultraespecíficas, etc.", así como la pretensión de un "particulocentrismo" según el cual la reconstrucción de la unidad del saber debería realizarse a partir y alrededor de la disciplina particular que cultivan quienes proponen sospechosamente la unidad del saber; (pretensión a la que, como menciona el autor, no se han sustraído lo mismo la biología molecular que la física de partículas, la cosmología, la neurociencia, la ecología o las ciencias de la complejidad).

Desde el primer capítulo: "¿Todavía es posible la interdisciplinariedad?", se plantea el problema de la comunicación entre las ciencias y las humanidades, y se hace ver que, hoy por hoy, la síntesis o la colaboración interdisciplinar lidia contra la reticencia de los cultivadores de las diferentes ramas del saber, quienes no ceden en favor de sus colegas de áreas diversas a la propia y con desdén sostienen que las disciplinas que ellos no cultivan serán -en el mejor de los casos- tan respetuosas como

la suya, pero incapaces en el fondo para lograr la coordinación interdisciplinar. Actitudes como estas sólo generan propuestas reduccionistas, diálogo de sordos y luchas de poder sin resultados favorables para la humanidad.

Frente a los obstáculos que en últimos años han aparecido para los intentos interdisciplinares, Arana propone, en esta obra, algunos lineamientos que permitan devolver al proyecto comunicativo entre las ciencias la validez que en su momento le auguraba atractivos resultados. En primer lugar, la eliminación de la jerga chocantemente especializada, para dar paso a una traducción de los términos técnicos al lenguaje llano, con lo que se permita la discusión entre el público general sobre los problemas centrales y los principales avances de las diversas disciplinas. También menciona propone una imprescindible conversión de las formalizaciones técnicas en esquemas teóricos de lógica natural, o la elaboración de relaciones de posibles problemas en los que otras disciplinas, ajenas a la propia, podrían aportar soluciones atinentes, lo que a su vez supone que cuando se eliminan las sugerencias

que otras ramas hacen a la propia, se esté obligado a mostrar la raíz de la insuficiencia, simplismo o desenfoque por el que se les ha desechado, pero siempre en términos del proponente y no mañosamente del receptor.

Como otro requisito fundamental, Arana señala que la interacción entre las ciencias no se logrará si no se centran las discusiones en el ámbito ontológico más que en el lingüístico, metodológico o epistemológico; pues de lo contrario, la distancia metodológica entre las disciplinas terminará por abrir una brecha cada vez mayor y cognoscitivamente insuperable (pp. 21, 22).

En el capítulo 2: "El futuro de los intelectuales", el profesor Arana sugiere un cambio no sólo de mentalidad, sino de miras y proyecciones en la actividad profesional de los intelectuales, y señala que, lejos de proponer a favor de la interdisciplinariedad la creación de puestos académicos para pensadores "generalistas" consagrados a la intercomunicación de las ciencias, o de reforzar el protagonismo de los metafísicos para revitalizar las raíces del antiguo árbol de las ciencias, la revaloración de di-

cha interdisciplinarietà implica más bien que los metafísicos sepan física y biología, que los teóricos dejen de estar ridículamente absortos de la realidad y los experimentalistas confíen también en lo no mensurable. En resumen, que los preocupados por cuestiones prácticas tengan curiosidad por lo especulativo, y que los especulativos sean retribuidos por un interés recíproco de quienes los escuchan; porque “a todos concierne la filosofía, la historia, la sociología, la psicología, la astronomía, la física, la biología, la medicina y la economía”.

En el fondo, el autor sugiere una corresponsabilidad para exigir a quien cultiva una disciplina diferente a la propia que nos participe a los demás, debido el interés común de sus investigaciones, los alcances de la disciplina que cultiva; y al mismo tiempo, que quienes nos dedicamos a saberes diferentes a los de otros estemos obligados a aceptar ayuda cuando nuestros conocimientos encuentren, en la lectura de los otros, aplicaciones, derivaciones o implicaciones que no necesariamente se habían contemplado o que no corresponden a nuestro punto de vista,

Pretender dar luces en el problema de la comunicación de las disciplinas implica, en último término, dilucidar el verdadero futuro de los intelectuales. Arana se ha dado cuenta que en la actualidad se asiste a una pérdida de la fe en la verdad objetiva y universal, motivo por el cual los intelectuales han continuado dedicándose a las ciencias de modo *desarraigado* e irresponsable. Propone, en último término, exigir y desempeñar coherencia y consagración frente a las disciplinas que nos ocupan de modo profesional.

En el capítulo 3: “La incierta sabiduría del filósofo”, se hace un recuento de las características del sabio y del filósofo, de la certidumbre del primero frente a la *filia* del segundo por llegar a la Verdad; aspiración que después de siglos y siglos no ha sido culminada. Los filósofos, las más de las veces, embelesados por ese afán de búsqueda de la verdad, tienden a escindir el pensamiento del lenguaje, a crear expresiones oraculares que eliminan toda posibilidad dialógica. Como dice Arana: “Yo simpatizo más con la incontinencia parlanchina de los filósofos a pie, que charlotean tranquilos en la confianza, no de

que no haya verdades definitivas, sino de que no les corresponde a ellos promulgarlas: lo que les cabe es cortejarlas como el amante que no se desanima a pesar de saberse deudor de un amor imposible." (p. 46).

En el capítulo 4: "La revolución científica y las revoluciones filosóficas", el autor critica la trivialización y devaluación de la idea de revolución, debido a la repetición a la que ha sido sometida a partir del Renacimiento. Para Arana sólo se ha dado una verdadera revolución científica que ha transformado el modo de entender los fundamentos, la índole, los fines y la utilidad del conocimiento, hasta llegar a una presunta identidad de la investigación científica. Mientras que en el campo filosófico, por contraste, se ha carecido de una revolución que establezca el modo de hacer filosofía. Los innumerables sistemas filosóficos incompatibles terminan por impedir la comunicación y el diálogo interno: "Mientras los científicos juzgan indispensable el auxilio de toda la comunidad a que pertenecen para abrirse paso en temas que a veces nos parecen sin mayor importancia o dificultad, todavía es habitual la imagen de la filosofía

como empresa individual y ahistórica." (pp. 66-67).

En el capítulo 5: "¿Tiene algo que ver la ciencia con el descubrimiento de la verdad?", el profesor Arana trata de cotejar y enfrentar a la ciencia y la filosofía para, en último término, dilucidar si en efecto la ciencia con sus cálculos, experimentos y teorizaciones, tiene un verdadero punto de contacto con la filosofía, de modo que se posibilite un diálogo fructífero e interdisciplinar.

Al final de esta obra (caps. 6 y 7), el autor menciona, a modo de conclusión, que el análisis precedente sobre el *status quaestionis* del problema de la unidad de los saberes apunta, al fin y al cabo, a la unidad del ser humano y a su aspiración natural por conocer, porque "si no hay unidad en el saber tampoco habrá, a la corta o la larga, diversidad, porque ni siquiera habrá saber digno de tal nombre" (p. 118).

Ciertamente, y en concordancia con las ideas que he recogido aquí del texto del profesor Arana, es claro que la unidad del saber parece irreductiblemente problemática, debido a la atomización irrefrenable y la especia-

lización ingente de los conocimientos que el hombre ha logrado sobre la naturaleza del mundo. En su texto, el análisis de Juan Arana muestra la actualidad y urgencia del problema de la unidad del saber, pues es en el ser humano donde, al fin y al cabo, confluyen los conocimientos. El hombre mismo, tiende espontáneamente a unificar y sintetizar los diversos saberes, tanto en sus más altas aspiraciones, como en las más superficiales opiniones sobre la realidad cotidiana, bajo una visión unificada del mundo. Por eso, el autor plantea la necesidad del acceso al saber global a través de la comunicación y trabajo en equipo de las disciplinas, una tarea que por su parte, implica un gran esfuerzo de humildad científica y de colaboración intelectual y una vuelta al diálogo enriquecedor.

Héctor Velázquez Fernández
Universidad Panamericana